

Capítulo 18 - - Luces Pálidas

- [Capítulo 18 - - Luces Pálidas](#)

Capítulo 18 - - Luces Pálidas

Tristán apenas podía creerlo al ver que rompían la línea de árboles.

“Es el lugar correcto,” le aseguró con fervor Sarai. “Las colinas están en la disposición adecuada.”

No podía estar equivocada; no era tonta y poseía el mapa en su mente gracias a una Marca. Sin embargo, el ladrón no sintió alivio alguno. Antes de ellos se extendía un amplio claro en el bosque, con colinas ondulantes y un trecho de césped reluciente. Millas de tierra abierta, rodeadas de árboles por todos lados, salvo al norte, donde se encontraba un barranco y un puente que lo cruzaba. Tristan escupió de lado, pues su boca tenía sabor a hierro tras tanta carrera, y echó una mirada a su espalda. Los demás estaban alcanzándolos, unos en mejor forma que otros. Los primeros, agrupados, mantenían el mismo ritmo exhausto pero implacable, mientras los segundos venían tras ellos.

Yong, Sanale, Ferranda, Lan. Todos ellos apenas estaban a momentos de distancia, en comparación con Tristan y Sarai.

Era a los demás a quienes estaban esperando, hasta que uno a uno emergieron en la vista. Casi diez minutos tardaron: Vanesa no se había recuperado del esfuerzo vespertino y Francho apenas la superaba en velocidad. En cuanto a Felis, no hizo más que un vano intento de reanimarse tras su efímero arrebató de energía, y tras eso, quedó hecho un guiñapo. Tristan sospechaba que Aines permanecía a su lado por lealtad a su frágil matrimonio, más que por sus energías. Ella apenas tenía más agilidad que los ancianos, claramente poco habituada a sufrir esfuerzos prolongados. Sin embargo, todos ellos estaban alcanzando.

Habían llegado todos.

“Pensé que uno de los ancianos se perdería,” admitió Yong. “Este ritmo tan duro nos ha cobrado caro.”

“Duros,” dijo Sanale con reconocimiento.

“La desesperación es una forma de fortaleza,” intervino Lan. “Y la vieja, en el fondo, todavía quiere vivir.”

El ladrón le dirigió una mirada y asintió lentamente. Vanesa no había rendido sus armas. Posiblemente no esperaba salir con vida de esto, pero tampoco estaba dispuesta a rendirse y dejarse morir. Eso era digno de respeto, tanto como la bondad que ella entregaba sin reservas. Cuando los rezagados entraron en el círculo de luz de la linterna, Tristan pudo observar cuán agotados estaban. Era lo esperado: desplazarse por el bosque, incluso con las linternas ahora encendidas, había sido una tarea ardua.

Habían seguido el borde del barranco para no perderse, avanzando hacia el este hasta que la línea de árboles se interrumpió. Pasaron por diversos círculos de piedras levantadas: uno intacto, otro destrozado, y el último, que acababan de cruzar hacía menos de media hora. Sin importar su antiguo uso, ahora servían como puntos de referencia útiles. Cuando la última, una Vanesa sudorosa y desaliñada, alcanzó al grupo, todos compartieron un breve descanso.

“Entonces, estamos cerca,” preguntó Felis con dificultad.

Sarai señaló ligeramente hacia el noroeste, más allá de dos altas colinas.

“La puente está allí,” dijo. “No hay duda alguna.”

Le sería muy difícil discutir con la mujer que dominaba el arte de memorizar mapas mediante un Hechizo. Incluso los más agotados aceleraron sus pasos al oír sus palabras, la alegría y el alivio haciendo que sus músculos se relajaran lentamente. Hasta Tristan sintió una sonrisa asomándose en sus labios. Al parecer, habían llegado a la salvación antes de que el monstruo lograra alcanzarlos. Coronó una colina, luego otra, y ante él se desplegó el sendero de tierra preparado para cruzar. Fue entonces cuando la tensión le apretó la garganta con un nudo de alivio.

Lemures.

Lupinos, un montón de ellos. Aunque Aines y Yong estaban a su lado en cuestión de segundos, ninguno de los animales dirigió su mirada hacia ellos: estaban demasiado ocupados devorando hambrientos los cadáveres. Lentamente bajando por la colina, con la mano en su cuchillo, observó más de cerca los cuerpos. Huesos ahuecados, reconoció Tristan. Menos de medio día muertos, y cuando la luz del farol alcanzó el puente más allá de los lupinos, recordó la sonrisa maldita del obispo: todos ustedes ya están muertos.

Los cadáveres que estaban siendo devorados habían sido aplastados y pisoteados, como si los hubiera golpeado una bestia enorme.

Entonces, se dio cuenta, esas eran las pérdidas de las que había hablado el obispo Dionne. La sacerdotisa misma podría haber estado aquí hace apenas unas horas. Una tras otra, reunió las piezas. De pie allí solo, con los ojos cerrados, pintó la escena tal como su abuela le había enseñado a hacer.

Para cuando la campanilla azul llegó a la orilla, los cultistas ya habían sido agitados por el desastre que despertó a la airavatan. Los tercios de guerra se dividieron: algunos vagaban por la tierra, mientras que los más grandes reclamaban el puente occidental y oriental. La mañana después del asesinato de Ju, los portadores del juicio se dividieron en grupos propios, pero esa historia no era problema suyo: lo que le importaba eran los puentes. Después de que Inyoni y sus compañeros atravesaron el puente occidental, la airavatan enloqueció por lo que fuera que la confundió y derribó el puente. Entonces, ¿qué podían hacer los huesos ahuecados?

Todos se dirigieron hacia el este. Y, eventualmente, también lo hizo la airavatan.

La bestia mató a algunos tercios de guerra y otros se escondieron, pero lo que Tristan y los demás habían deducido al trazar sus planes seguía siendo cierto: los cultistas no se ayudaban entre sí, eran rivales. Por eso, nadie fue a advertir a la gran banda de guerra que controlaba el puente oriental —que ahora creía que estaba liderada por el obispo Dionne— de que una bestia acechaba por allí. Los cultistas se llevaron totalmente de sorpresa cuando la bestia los atacó.

Esa banda de guerra había sido atacada anoche, hace apenas unas horas. Por eso, las huellas que Sanale había encontrado antes aún estaban frescas: los cultistas habían estado huyendo de la bestia hacia el este, adentrándose en el bosque, lejos de ese claro mortal. Después de terminar aquí, la airavatan los había seguido en su dirección pero se había perdido —quizá por la lluvia, que dificultaba el olor. Aún así, se había desplazado un poco hacia el este y olfateó de inmediato el extracto de lodestone cuando Tristan lo utilizó.

Esto los llevó hasta aquí y ahora: el campamento de los cultistas de una banda rival, destruido, y su propia gente huyendo hacia el puente antes de que la bestia heliodórica se volviera contra ellos.

Y ahora llegaban a la razón por la cual el obispo Dionne los había declarado muertos. Tristan abrió los ojos mientras la luz del farol que sostenía Yong pasaba por encima de los cadáveres y los lupinos. Hacia el puente, por donde algunos cultistas intentaron escapar y donde la bestia los alcanzó. Y, al abatirlos, en su furia debió colapsar el puente de madera: ahora solo permanecían los bordes astillados a ambos lados del abismo, mientras el resto había caído hacía tiempo en el río de abajo. Aquí no habría cruce posible.

Estaban atrapados en este lado, con la bestia y los huesos huecos.

“No,” gritó Aines.

Los lupinos ni siquiera se molestaron en dejar su comida por el ruido. La desesperación vibraba en el aire, ninguno de ellos negaba su amargo sabor. La distancia para un salto era demasiado grande, pensó Tristan. Y no tenían una cuerda lo suficientemente larga para intentar cruzar por otro medio. Incluso el rostro de Sarai se entristeció, aunque fue la primera en recomponerse.

“Si vamos hacia el oeste, el río se ensancha y se vuelve más poderoso, pero no hay desfiladero,” dijo ella. “Nadando por allí es la única opción que nos queda.”

La mitad de ellos no lograría esa natación, pensó el ladrón. Ni los ancianos, probablemente tampoco Aines, y él no estaba tan seguro de Lan. Dios, no estaba tan seguro de sí mismo. Estaba en forma, pero no era un gran nadador, y la Guardia había construido puentes en la isla por una razón. Pero eso era todo lo que quedaba, así que apartó sus dudas y respiró profundo. Soltó el aire, junto con su miedo.

“Vamos,” dijo. “No hay tiempo que perder.”

Si esperaban demasiado, su grupo seguro se entristecería en discusiones y chismes, lo cual reduciría sus posibilidades de perder al airavatan. Así que empezó a avanzar, empujando a Sarai para que hiciera lo mismo. Ella le lanzó una mirada larga, asintió y lo siguió. Detrás de ellos, escuchó a Felis consolar a su esposa y llamar algo a Yong, pero Tristan encontró la mirada del

Tianxi y el soldado resopló. Sin hacer caso a Felis, se unió a ellos en la marcha. Después de eso, la simple presión de la partida de las personas obligó al resto a decidir: quedarse o seguir.

Suficiente gente partió, y los demás temieron quedarse.

El ladrón sabía que no era una base sólida, pero lo peor había ocurrido, así que debía ajustar sus expectativas. Ya no había lugar para sentimentalismos. Ferranda se acercó a él en la delantera, sorprendiendo cuando ella y Sanale se quedaron con ellos.

“Tienes un plan en mente,” dijo ella. “¿Qué es?”

“Vamos hacia el oeste,” respondió con firmeza. “Si logramos sobrevivir hoy, entonces podremos reconsiderar cómo cruzarlo.”

Ella hizo una mueca.

“De acuerdo,” respondió Ferranda. “Nos quedaremos contigo por ahora, pero no hagas promesas para mañana.”

Él se encogió de hombros. La pareja no era un peso muerto, y había pensado bien en la oferta de Sanale, aunque ya no eran necesarios los rastreadores. Sería difícil perderse ahora que habían encontrado el río: lo que faltaba era hallar una forma de cruzarlo. Antes, les había llevado casi una hora llegar al puente, y ahora atravesaban las colinas con una prisa similar. En unos pocos kilómetros al oeste, los bosques comenzarían de nuevo, continuando hasta romper en otra llanura en el corazón de la isla, donde se encontraba el otro puente.

Más allá, al menos un día completo hacia el oeste, era donde Sarai proponía que intentaran cruzar.

Solo cuando estaban sin aliento, llamaron a su primera parada. La ficción de que todos estaban en esto juntos se había desgastado: ambos ancianos ya habían quedado rezagados otra vez, igual que Aines y Felis, y nadie movió un dedo para ayudarlos. Solo alcanzaron a llegar exhaustos al resto del grupo, cuando el ladrón estimó que habrían tenido que seguir sin descanso. Era una sentencia de muerte lenta, pero Tristan endureció su corazón.

Ya no le quedaba el lujo de preocuparse por nada más que la supervivencia.

“Hmm,” dijo Yong. “Inusual.”

Tosiendo y arrodillado, Tristan giró para seguir la mirada del Tianxi. Más adelante, en el cañón —era más ancho aquí, probablemente por eso construyeron el puente más al este—, había arcos de piedras elevadas. Dos, bastante cercanos, en un estado casi perfecto. Quienes los hubieran construido, los habían hecho para durar. Poco después de este segundo arco, el bosque comenzaba nuevamente y el claro llegaba a su fin. Tras adentrarse en esos bosques, tardarían al menos medio día en encontrar tierras abiertas otra vez, lo cual no tenía ganas de hacer, y eso le pesaba.

Era una suerte de ironía cruel que Tristan y sus compañeros vieran el doble de puentes que cualquier miembro de Bluebell, aunque todos ellos estarían destrozados.

Y ahora, recordando el destino del otro puente —del cual había tenido conocimiento durante todo un día— se maldijo a sí mismo por no haber considerado que lo mismo podría volver a suceder. Era evidente que los negros no habían construido puentes lo suficientemente resistentes para soportar al lemure, suponiendo que el airavatan permaneciera dormido. Había tenido en su bolsillo el conocimiento correcto todo ese tiempo y nunca pensó en ponerlo en práctica.

—Los otros estaban más dispersos —suspiró Yong.

El ladrón parpadeó por un momento, hasta darse cuenta de que Yong seguía hablando de los círculos de piedra.

—Quizá estamos cerca del centro —suspiró Tristan con un encogimiento de hombros.

Francho creía que seguían la longitud del río, de este a oeste, pero tal vez se equivocaba. El ladrón se puso de pie, mirando a los ojos de Yong. Asintieron en silencio y comenzaron a moverse nuevamente —a un ritmo que no era exactamente correr, pero lejos de caminar. Esto sería una prueba de resistencia, no una carrera rápida.

Tristan se obligó a no pensar en el hecho de que Francho y Vanesa aún no los habían alcanzado.

Media hora después, estaban un poco más allá del segundo de los anillos, a menos de quince minutos de los bosques que retomaban hacia el oeste. El ladrón se detuvo por un instante, convencido de haber visto una luz dentro de las piedras, pero no era más que nada: solo una piedra suavizada por la lluvia reflejando las estrellas. exhaló, sin saber si sentía alivio o decepción. La respuesta se aclaró pronto, sin embargo, ya que una pequeña vuelta que había dado le permitió divisar algo que inmovilizó sus extremidades.

Detrás de ellos, al este, la niebla se arremolinaba más allá del ascenso de las colinas.

Su aliento se detuvo. Si la niebla estaba lo suficientemente cerca como para verlo sin siquiera la luz de una linterna, entonces no había forma de escapar del monstruo. La bestia heliodoran había alcanzado su puesto, y ¿qué podrían hacer ellos contra tal criatura? Iba a morir aquí, en la oscuridad, rodeado de extraños. Él— Tristan inhale, exhale. Recuerda tus lecciones. Lo que no puedes hacer no importa, entonces, ¿qué sí puedes hacer? Si no se puede huir del monstruo, hay que engañarlo.

—Tristan —llamó Sarai, pero luego giró para seguir su mirada y su voz se apagó como una vela en el viento.

El ladrón no respondió, con los ojos fijos en la bestia heliodoran. A lo lejos, podía ver la niebla blanca avanzar lentamente pero sin parar, acercándose a Vanesa, siempre la última. Ella aún no lo había notado. Sarai le agarró del brazo, apretando con fuerza sus dedos en su piel.

—Debemos irnos —susurró. —Lo sé, tú—

—Estás dejando que el miedo te ordene —dijo Tristan con tono firme—. Nos aventajamos por al menos una hora en terreno abierto mientras él estaba en el bosque. No podemos huir de él, Sarai: simplemente no somos lo suficientemente rápidos.

Se enderezó.

—Como bien dijo nuestro buen amigo el obispo, hay que engañar al dios o ganarse el honor de sus colmillos.

Sarai tragó en voz alta.

— Dijiste que te mantuviera cerca por si las cosas se ponían feas, —dijo.

— Quizá pueda mantenernos con vida, y a otra persona también —admitió—. Pero no sé cuánto tiempo.

Sería una apuesta arriesgada. Mientras estaban cubiertos por plumas mágicas que olían a sueño, la bestia no los devoraría, pero estarían inconscientes, y él tendría que confiar en que el lemur seguiría persiguiendo a los demás en lugar de tomarse el tiempo de pisotearlos por despecho. Por cierto, su respiración se volvía irregular, Sarai entraba en pánico. Él no la culpaba.

“Ya has prácticamente dicho que vamos a morir—¿cómo puedes estar tan jodidamente calmada?” exigió.

¿Parecía que estuviera así? Él no lo sentía. Había un animal salvaje arañándole por dentro, aunque aún no había derribado la jaula.

“Estoy aterrado,” le confesó honestamente Tristan. “Mis extremidades tiemblan y mi mente es un estropajo. Pero no importa, porque sé dónde estamos.”

“¿Dónde?” gruñó ella.

“En una tumba,” sonrió la rata. “No nos queda nada por perder, Sarai: o compramos nuestra salida o quedamos enterrados. El miedo solo importa si aún puede empeorar.”

Ella soltó un bufido que fue medio indignación y medio risa.

“Dioses,” croó ella. “No me extraña que las máscaras te quieran.”

Máscaras—¿se refería a la Krypteia? No, ahora no era momento de preguntar qué querrían los Círculos de la Vigilancia con él si lograran vivir. En su lugar, le golpeó suavemente el hombro para ofrecerle consuelo y sus ojos volvieron a posarse en su inminente destino. Según sus cuentas, Vanesa iba a una cuarta parte de hora detrás, hacia el este, y la bestia la alcanzaría cuando ella llegara al primer círculo de piedras. De hecho, ahora que la neblina se extendía aún más sobre la hierba húmeda, lograba distinguir la silueta del airvatan a la luz de las estrellas. La criatura la seguía con obstinación.

Vanesa se había percatado por fin del monstruo y empezó a correr en una curva lenta hacia el norte, en dirección al barranco—su ojo, pensó Tristan con un pequeño pesar—, y la bestia había ajustado su trayectoria exactamente. Casi, frunció el ceño, demasiado exactamente.

“Sarai,” dijo, “¿soy yo o el airvatan corre de manera extraña?”

Temerosa o no, la mujer de ojos azules no se vino abajo. Permanecieron allí en silencio un largo momento, con la mirada fija en la misma enorme bestia.

“No se mueve bien por las colinas,” susurró ella. “Parece que casi tropieza con las pendientes. ¿Por qué?”

“Está ciego,” exhaló Tristan con entusiasmo. “No era suficiente veneno para matarlo, pero quedó ciego.”

Sospechaba que la bestia ya estaba ciega cuando empezó a seguirlos por las llanuras—seguramente no habría podido oírlos desde tan lejos—, pero ahora el tejo volcánico había robado su vista. Aún podía desplazarse de alguna forma, y rastrearlos, pero la forma en que seguía caminando sobre los objetos en lugar de pisarlos revelaba mucho.

“Todavía sigue tras Vanesa,” dijo Sarai. “¿El impacto de los pies en el suelo? No, entonces sentiría las pendientes y las piedras cuando sus pasos las hagan temblar. Debe estar escuchando su carrera.”

“Entonces, esconderse sería inútil,” observó Tristan. “Si puede oírlos desde tan lejos, no hay forma de aguantar la respiración el tiempo suficiente sin que nos escuche.”

“Necesitamos protección,” dijo ella. “Algo a lo que podamos escondernos. ¿Quizá bajar por el lado del barranco?”

Tristan frunció el ceño, negó con la cabeza y hasta Sarai pareció desconvincientemente indecisa. La bestia podría alcanzarlos con sus tentáculos. Dioses, la monstruosidad era más larga que el tamaño del barranco. Pero había un detalle que había tenido en la mente desde antes, una curiosidad acerca de cómo la criatura había atacado el campamento de los cultistas.

—Creo que tengo algo —admitió Tristan—. Pero no habrá manera de saber si funciona hasta que lo tengamos sobre nosotros.

Sus ojos azules se cruzaron con los de ella y ella dudó. Él, en la práctica, le estaba pidiendo que apostara su vida a su corazonada. Se conocían hacía apenas unos días, y pasaron mucho de ese tiempo escondiendo secretos el uno del otro; ella, con el rostro endurecido, le tendió el brazo. Él, intuyó, había tomado una decisión. No solo respecto a las necesidades del momento, sino también sobre asuntos más profundos. Con suavidad, casi reverentemente, tomó el brazo ofrecido.

—Maryam —dijo—. Mi nombre es Maryam Khaimov. Si voy a confiarte mi vida, debería confiarte también en esto.

Él tragó saliva.

—Tristan Abrascal —susurró, con los labios secos.

Era la primera vez que pronunciaba su apellido en años, y se estremeció al escucharlo.

—Vivamos, Tristan —sonrió Maryam—. Después de eso, sería embarazoso no hacerlo.

Él correspondió a su sonrisa, a minutos de la muerte, aterrado, y de alguna manera, más vivo que desde que era niño.

—

Regresaron al primer círculo de piedras. Era una locura, por lo que, naturalmente, incluso después de que los demás notaron que ya no huían y dieron la vuelta para preguntar, pocos estuvieron dispuestos a seguirles.

—Esto es una locura —le dijo Ferranda Villazur con evidente determinación.

Como siempre, la infanzona se adelantó con rapidez.

—Estoy al tanto —dijo Tristan—. Pero quizás sea esa la clase de locura que resulta útil.

La noble pelirroja lo observó un momento, luego negó con la cabeza. Su rostro sencillo mostraba agotamiento, pero su expresión permanecía firme, en una especie de estoicismo.

—Te deseo lo mejor, pero no arriesgaré mi vida de manera tan imprudente —le dijo Ferranda—. Nos separamos aquí.

O al menos eso afirmó, pero luego echó un vistazo a Sanale, quien asintió tras un breve instante. Aliviada, su rostro se endureció. Su decisión estaba tomada.

—Suerte —dijo Tristan, sorprendiéndose al notar que ella realmente pretendía que esas palabras fueran sinceras.

—Tú también —contestó Sanale, ofreciéndole la mano—. Mantén tu daga cerca. Es mejor morir rápido si se puede.

Lo dijo con una preocupación amistosa que el ladrón no pudo dejar de notar, ni siquiera sentirse ofendido por la osadía de pensar que todos estaban a punto de morir, aceptando la mano y estrechándola. No eran verdaderamente amigos, aunque quizás con el tiempo podrían haber llegado a algo cercano a ello; pero la pareja había sido más que tolerable para trabajar juntos. Ya era mejor de lo que jamás había imaginado respecto a una infanzona. Cuando Lady Ferranda le ofreció la mano, la estrechó también. Los dos se apresuraron a partir tras intercambiar despedidas, dirigiéndose al oeste, hacia los bosques. Lan los siguió, limitándose a ofrecer un gesto de ánimo con la mano antes de lanzarse tras ellos.

Los tres habían perdido algo de tiempo retrocediendo, pero seguramente esperaban volver antes de que el airavatan matara a todos los que se quedaban atrás.

Yong los observó partir, luego frunció el ceño.

—Ahora sería un buen momento para que me digas que pusiste piedra de lodestone en sus bolsos —dijo el Tianxi.

—Por desgracia, agoté todo el inventario —respondió Tristan con sencillez.

—Temía que fuera así —suspiró Yong—. ¿De verdad planean esconderse en los círculos de piedra y rezar para que el monstruo no entre?

—No tengo intención de rezar —le informó Sarai.

Él la miró con atención.

—Ustedes dos son una mala influencia el uno para el otro —dijo, y luego se volvió a escupir en la hierba.

Suspiró y empezó a cargar su mosquete.

“Creo que este quizás sea el plan más absurdo que he seguido en toda mi vida,” dijo Yong, “y eso que he servido junto a oficiales de la milicia de Mazu.”

El travieso Tristan levantó una ceja. Conocía poco de esa república, salvo que era una de las principales potencias navales del Mar Trebiano.

“La mitad de su examen de ascenso es sobre poesía,” soltó Yong con dureza.

“Lo que elijo sacar de esto es que mi perspicacia coincide con la de los oficiales militares entrenados,” respondió Tristan con orgullo. “Vamos, vámonos a escondernos en los aros.”

Su grupo se había dispersado. Ferranda y Sanale habían avanzado hacia el oeste, a solo minutos de los bosques, aunque Lan, sorprendentemente rápida, les quedaba un escalón detrás, mientras que más atrás Aines y Felis se acercaban al primer círculo de piedras. Unos minutos más tarde, Francho cojearía, y aún más allá Vanesa luchaba por alcanzarlos. Tristan apretó los labios, evaluando las distancias. Tenía justo el tiempo, por poco.

“Disponemos de dos linternas,” dijo. “Metamos una en cada aro.”

Era la señal más clara que podía arriesgar, considerando que el gritar atraerían probablemente a la bestia. Ver una linterna en el aro oriental podría inducir a los demás a intentar entrar allí.

“Suave, tacto leve,” reprendió Yong, pero sin enfado.

El Tianxi permaneció en el segundo círculo, mientras él y Sarai llevaban una linterna al primero, corriendo de vuelta al ver cómo el airavatan se acercaba cada vez más. Se marcharon justo cuando Aines y Felis llegaban, ambos con expresión desconcertada al entrar en el círculo. Desde allí también podían ver a Yong esperando en el otro, su silueta claramente visible con la luz de la linterna, así que, aunque la pareja casada lanzaba preguntas, Tristan no se volvió, permaneciendo en silencio y en espera, imitando al Tianxi. La sorpresa fue que, al regresar al aro del oeste, Lan corría hacia él también. Cuando atravesó el círculo de piedras levantadas, cayendo de rodillas en la hierba, les dio una sonrisa azul.

“Decidí apostar por ti esta vez,” explicó Lan.

Era igualmente probable que ella se hubiera dado cuenta de que no estaba en la misma forma física que la pareja delante, y que probablemente sería devorada mientras ellos continuaban corriendo, pero Tristan decidió no ser desagradable. No era imposible que todos estuvieran a punto de morir. En cambio, se acercó al borde del círculo de piedras, apoyándose contra la piedra alta y observando cómo el airavatan cerraba la última distancia hasta el aro oriental. Francho había logrado entrar, cayendo de manos y rodillas ante los otros dos, que se abrazaban, y solo quedaba Vanesa. Ella fue directo hacia el aro, tan rápido como pudo, mientras la niebla le seguía. Ánimo, dijo Tristan, participa. Vamos, tú puedes lograrlo.

La niebla se extendió a su alrededor y la sombra se alzó imponente, el suelo temblando en silencio bajo sus pies, pero ella llegó allí. Los dedos apretando la palma de su mano hasta hacerle sangrar, Tristan observaba cómo la anciana se acercaba a tres pies del borde del aro —y resbalaba.

“No,” respiró con dificultad.

Cayó de rostro, y un tercio de su cuerpo logró entrar en el círculo. La pierna del airavatan, alta y robusta como una columna, se levantó y bajó a toda velocidad, pero Felis, en un acto de valentía, dejó a su esposa y sujetó el brazo de Vanesa. La arrastró hacia adelante.

Pero no fue suficiente.

Vanesa gritó, una de sus piernas rompiéndose como rama seca. Pero sobrevivió. Felis había tirado con rapidez suficiente para que fuera una pierna y no su cuerpo hasta el borde de las costillas, y mientras el demonio de polvo pisoteaba furiosamente en torno a la circunferencia de piedras elevadas, el demonio de polvo terminó arrastrándola dentro. Y aunque acababa de ver una pierna de mujer convertirse en un montón de hueso y carne rota, los ojos de Tristan se ampliaron con júbilo ante lo que presenciaba: la niebla de las bestias no entraba en el círculo de piedras. Se negaba a hacerlo, esa era la razón por la que habían podido oír el grito de Vanesa en absoluto. Yong maldijo en voz baja en cántico de China, mientras las antenas de la bestia heliodorana tanteaban las piedras, intentando atravesarlas pero deslizándose como si rozaran vidrio.

Había hecho lo mismo, en el campamento de los cultistas, pero allí el círculo estaba roto.

—Tienes razón, pequeño loco —dijo Yong—. Tienes toda la razón.

Sarai —Maryam, aunque aún no pensaba en ella de esa manera— encontró su mano y la apretó. Él respondió apretándola todavía más.

—Mi sabiduría también está siendo seguida —dijo Lan con suficiencia—. Mira cómo corren.

Él siguió su mirada, descubriendo que Ferranda y Sanale estaban dando la vuelta. Debían haber visto que los círculos eran realmente un refugio, y se dieron cuenta de que su seguridad era la mejor oportunidad para sobrevivir a la noche. La situación había cambiado en el momento en que el monstruo fue contenido por las piedras: ahora, el airavatan podría abandonar a su presa que tenía fuera de alcance en busca de presas más fáciles, y las dos eran las únicas en la mesa. Sin embargo, su ventaja anterior, su rapidez al huir, ahora se volvía en su contra. Estaban demasiado lejos.

Con un horror creciente, Tristan se volvió para ver al airavatan alejándose del otro círculo: había oído que ellos daban la vuelta.

La frescura en su mente, esa parte entrenada que medía las distancias y las velocidades, supo que el airavatan corría de oeste a este. La pareja, de este a oeste. Ferranda y Sanale estaban más cerca del círculo este que la bestia, pero el monstruo se movía casi dos veces más rápido y no se cansaba. Era una batalla perdida, y en un minuto desde que empezó esa carrera terrible, quedó claro que no llegarían a tiempo. La verdad les llovió como un aguacero, empapándolos hasta los huesos.

Sarai cerró los ojos con tristeza. Lan sonrió con una alegría fingida por lo apurado que habían estado. Yong apretó los dientes y se acercó al borde del círculo para disparar su mosquete contra el airevatan, que había llegado lo suficiente cerca para ello. La lemure giró una de sus cabezas sin ojos hacia ellos, pero por lo demás los ignoró. El Tianxi podría haber disparado a una pared de fortaleza. Los amantes también lo vieron, aunque la realidad los golpeó en oleadas. Primero, el miedo los impulsó a soltar sus faroles, todas sus bolsas menos una, y a correr lo más rápido que pudieron.

Era una línea recta hacia el círculo, para ellos, pero ya la bestia era de igual altura. Dentro de momentos, se pararía entre ellos y la seguridad.

Tristan observó cómo el miedo se transformaba en desesperación y enojo. Ferranda se ralentizó, sacando algo de su última bolsa e intentando encender una cerilla. Falló, incluso tras intentarlo tres veces. La neblina seguía apagando la llama. Sanale se quedó junto a ella, y ahora su destino era claro: el airavatan se colocaba entre ellos y el círculo de piedra. Yong disparó de nuevo contra la espalda de la bestia, pero no se movió ni un centímetro. Los amantes titubearon por un momento, y luego Sanale dijo algo antes de besar suavemente el cuello de Ferranda. Antes de que la infanzona pudiera girarse para ver su rostro, el Malani se apartó de repente.

Hacia el sur, lejos del aro, y gritando con la máxima fuerza en Umoya.

Tanto la bestia como la mujer vacilaron medio instante. Rostro pálido, ojos congestionados por las lágrimas, Ferranda Villazur reanudó la carrera rumbo al aro. Ahora ya no estaba en sus manos, debía saber que todo lo que podía hacer era tratar de no desperdiciar su sacrificio. Y el airavatan,

bueno, hacía lo que todos los lepidistas hambrientos y maliciosos hacían cuando se les negaba obtener todo lo que querían: desahogaba su ira con la presa más insolente, provocada por los Malani. Tristan no recordaba haber caminado hasta el borde del aro, ni sacar su daga, o que sus dedos se cerraran alrededor de la cítara en su mochila.

Y mientras observaba cómo Ferranda Villazur se acercaba a la salvación, vio que Sanale aún no había abandonado la idea de sobrevivir. Había provocado al lepidista, conseguido que se alejara más del aro, pero ahora había hecho un giro vertiginoso y corría tras él mismo. El airavatan estaba demasiado cerca. Sus largas patas cubrían la distancia sin error en el césped, y aunque el Malani era ágil como un gato, era mucho más pequeño.

“Por favor,” gritó Ferranda Villazur, sin llegar todavía al aro. “Por favor, si puede hacer algo, le suplico—”

Tristan apartó la vista. Fortuna se apoyaba contra la piedra frente a la suya, con ojos que no mostraban mensaje alguno. Con un giro de muñeca, hacía girar una moneda entre sus dedos. Sobrenatural a la luz delgada de las estrellas, un corte de sangre y oro que atravesaba el gris y el verde del Dominio. Su apuesta, él lo sabía sin que ella tuviera que decirlo. Siempre lo fue.

“No,” maldijo el ladrón.

Era una tontería, iba a terminar matándolo, y ni siquiera sacaría nada de ello. Desenfundó la cítara de su mochila, golpeando el vientre con el pomo de su daga. La grieta se hizo más profunda y la golpeó de nuevo, dos veces más, hasta que quedó abierta y una única pluma azul reluciente emergió flotando. Soltando la daga, salió corriendo fuera del aro. La niebla rodeaba la base de las piedras y él apretó el paso, encontrándola espesa como humo, pero fácil de respirar. Agarrando el borde de la cítara, la inclinó para que las plumas no cayeran y gritó en silencio, viendo cómo su terror se perdía en la quietud.

Diez zancadas, veinte, y las largas patas del airavatan alcanzaron a Sanale: tembló el suelo y el cazador, firme en sus pasos, tropezó. Ahora o nunca, Tristan lo sabía, y lanzó la cítara. Vaciló, por apenas un momento, para tirar de su contrato. Pero el precio... cuando las apuestas eran tan altas, solo la muerte segura lo movía a usarlo. Así que simplemente lanzó.

En el instante en que lo hizo, supo que había fracasado.

El arco fue demasiado corto. Todavía pudo... pero no lo hizo, porque al final Tristan seguía siendo una rata. Seguramente, eso le costaría la vida, así que en lugar de liberar el poder que llevaba dentro, observó cómo la cítara se elevaba solo para caer a medio metro de Sanale, justo cuando fue atrapado por una bestia heliodorana. Tristan giró sin detenerse a mirar qué seguiría.

El silencio fue una misericordia.

Con el corazón latiendo desbocado en sus oídos, el ladrón sintió temblar el suelo tras él y la bestia avanzar. Había ido demasiado lejos, o no había llegado lo suficiente, pero sea cual fuera la verdad, Tristan sabía en sus huesos que iba a morir. La linterna tremolaba delante de él, dentro del aro, delineando las siluetas de los demás. Uno se acercaba más que los otros. ¿Sarai? No, demasiado

alto.

«Rebota», susurró Fortuna.

Él obedeció sin vacilación, sintiendo que una tentáculo le agarraba por la espalda. Se levantó corriendo cuando el airavatan golpeó el suelo con rabia. Frente a él, una silueta intentaba atrapar algo que no lograba distinguir. Un chasquido iluminó la escena, revelando los ojos rojos de Ferranda, y ella encendió algo en sus manos. La tierra tembló detrás de él, y Tristan casi perdió el equilibrio, girando de forma brusca a la izquierda; pero ya era demasiado tarde. La criatura lo había localizado.

«Tienes que-» empezó Fortuna, pero él nunca escuchó lo que siguió.

Algo voló por encima de su cabeza, algo que Ferranda Villazur había lanzado, y después de un instante, en lugar de morir, Tristan sintió el calor rozando su espalda. Hubo una detonación y un destello de luz mientras corría, corrió tan rápido como pudo, y escuchó el grito de dolor del airavatan incluso a través de la niebla del lemure. Se lanzó a la hierba, más allá del círculo de piedras, aterrizando dolorosamente sobre sus brazos, demasiado aliviado para preocuparse. Detrás de él, el mundo temblaba, furioso, mientras la bestia pateaba el suelo alrededor de las piedras elevadas.

Pero había logrado escapar, dioses. Por un pelo, pero seguía vivo. Girando el vientre hacia arriba, jadeando, encontró los ojos de la infanzona.

«Gracias», logró decir.

Sus labios se estrecharon.

«Lo intentaste», contestó Ferranda con sencillez, y apartó la vista.

Él no supo qué responder, así que en su lugar volvió a recostar la cabeza en la hierba y esperó a que sus extremidades dejaran de temblar. Cuando eso ocurrió, Sarai estuvo allí para ayudarlo a ponerse en pie, mientras él aprovechaba para escuchar lo que decían los demás.

«¿Qué fue eso?», preguntó.

«Zhentianlei», respondió Yong. «Una granada. Aunque una cargada con algo más que polvo».

«Sales fosforescentes», dijo Ferranda en un susurro. «Es una trampa de Malani».

Tristan habría compartido el pequeño rayo de tristeza que veía en esos ojos, si hubiera tenido tiempo. Saber que en parte le debía la vida a aquel hombre que no pudo salvar resultaba humillante. Pero los sentimientos tendrían que esperar, porque la criatura seguía acechando. Aquí es donde el plan se tambaleaba, ¿cómo podía saber qué haría el monstruo?

La respuesta, resultó, era hacer un berrinche.

La criatura se desplazaba por la niebla en silencio, golpeando el suelo y tratando de enroscar sus tentáculos en la protección de las piedras. La antigua hechura no fallaba, pero el beast heliodoran no se cansaba: lo que Tristan pensaba que era su partida, en realidad, era que se alejaba para regresar al otro círculo. Allí expresaba su furia, aterrorizando a los cuatro que se agrupaban alrededor de su frágil farol.

«Tenemos comida y agua suficiente para dos días», dijo Yong.

«Mientras esté aquí, ningún cultista se acercará», suspiro Sarai. «Pero si no se va, probablemente nos quedaremos atrapados hasta morir de hambre».

«Quizá finge partirse», dijo Lan. «Es lo que haría yo: alejarse lo bastante, y luego atacar».

La dama Ferranda no participaba en la conversación, por lo que el ladrón pensó que era por tristeza, pero subestimó a la infanzona: ella estaba agachada en el borde del círculo, mirando algo. Se acercó a ella, siguiendo su mirada. La hierba se había rajado a una docena de pies de distancia. Su corazón se apretó al ver aquella escena.

«Solo podría ser una grieta», susurró con cautela.

«El campamento de los cultistas estaba a esa distancia del barranco, cuando una parte del precipicio cayó en la tormenta», respondió con calma la infanzona. «Y eso fue obra del viento y el agua, no de un gigante corriendo en estampida».

Aunque quisiera negárselo, Tristan no podía. Ella tenía razón: si el airavatan seguía pateando sin descanso, la sección del acantilado donde se encontraba su anillo corría el riesgo de desplomarse. Estaban demasiado cerca del borde, y parecía que la erosión había excavado bajo sus pies. ¿Estaba también en peligro el anillo del este? No importa, se regañó a sí mismo Tristan. No hay forma de que podamos movernos allí mientras aceche la hierba.

Parecía que en realidad no disponían de dos días, sino de unas horas —o menos, si les sorprendía la mala suerte. Tristan se levantó y se alejó, dejando a Ferranda la desagradable tarea de comunicar la noticia a los demás. Era cruel, cuando ella aún lloraba por la pérdida, pero él no podía sentir nada por ello. En cambio, se dirigió al extremo norte del anillo, aquel que miraba hacia el barranco. No lograba distinguir el agua en el fondo; era demasiado profundo, pero sí podía oírla.

No era la profundidad lo que los mataría, sino la longitud: el barranco era lo suficientemente largo para que ni saltar ni usar cuerda sirviera, aunque pensaba que si la bestia heliodoran tomaba una carrera suficiente, tal vez podría cruzar.

Mirando lo oscuro debajo, se sintió vacío de ideas. Parte de él todavía creía que, si pasaba suficiente tiempo, su compañía encontraría una forma de atravesar, pero ¿qué importaba eso si la criatura los enviaba rodando por un precipicio mucho antes? Necesitaba que reaccionaran —unos gritos de sorpresa de los otros llamaron su atención. La bestia había estado atacando en la parte baja de las piedras elevadas del otro anillo, y alguna piedra había quedado suelta: el airavatan la cargó sin vacilar, atacando furiosamente el suelo hasta reducir el fragmento a polvo. Luego volvió a asediar el anillo, que resistió incluso con una pieza menos.

Al menos por ahora.

La ladrona se mordió el labio. ¿Había sido así de agresiva antes? No lo creía. Le gustaba el miedo, para hacer que huyeran y se acobardaran. Ahora atacaba para matar desde el principio.

“Yong,” dijo. “Necesito que hagas algo por mí.”

El Tianxi levantó una ceja, pero se dejó envolver en la estrategia. Era una cosa sencilla, al fin y al cabo, la prueba de una suposición. Los antiguos soldados cargaron su arcabuz, apuntaron y dispararon al suelo al este — lo más cerca posible de la bestia heliodoran, manteniendo un impacto fuerte. La criatura giró de inmediato, dejando el otro anillo para correr hacia donde la tierra había sido alcanzada y pisotear el lugar con fuerza. No está pensando, decidió Tristan. Esa granada la enfureció más allá de toda razón. Eso era... una idea absurda, pero ¿qué más quedaba aparte de estas cosas?

Acercó a Sarai —Maryam— y la apartó un momento.

“¿Qué puedes hacer con Señales?” preguntó en voz baja.

Ella frunció el ceño.

“Conozco nueve, pero solo he dominado tres,” admitió. “Todas ellas Autárquicas.”

Su confusión debía ser evidente, porque ella explicó sin que le pidieran.

“Están contenidas en mi propia mente,” dijo Sarai. “Por ejemplo, la Señal que usé para mantener el mapa dentro de mí.”

“Hiciste una esfera de oscuridad cuando encontramos al ave de la tumba,” dijo. “Para evitar que Vanesa fuera arrastrada por el río.”

“Es una Señal que aprendí,” reconoció con cautela. “Pero requiere mucho, y no puedo mantenerla por mucho tiempo. Las consecuencias serían... desagradables.”

Él reconoció eso con un asentimiento, pero continuó avanzando.

“¿Necesita estar atado a algo, como el agua, o puede suspended en el aire?”

“No necesita ancla,” respondió ella. “Es un ejercicio para moldear la Gloam en su estado bruto. Tristan, ¿qué estás planeando?”

“Quizá nada,” admitió él. “Quizá algo. Depende de cuánto puedas mantenerlo.”

Ella buscó en sus ojos alguna señal. Cualquiera que fuera, la encontró.

“¿Cuánto tiempo necesitas?”

--

Si hasta ahora era evidente para todos que no sobrevivirían otra hora con el airavatan deambulando por su círculo, Tristan pensó que algunos podrían haberlo considerado un tonto. La misma gente probablemente lo pensaba todavía en privado, pero con la muerte tan inminente al final de su camino común, ninguno se atrevía a rechazar siquiera una oportunidad, por tonta que fuera, de vivir. Yong lo tocó en el hombro justo cuando él se preparaba para marcharse. Él vaciló, su aliento ahora olía a alcohol de una manera que no podía confundirse, incluso si Tristan no hubiera visto que le había dado una lamida a su bolsa.

“Buena suerte,” dijo finalmente el Tianxi.

“Y tú,” respondió Tristan, y por capricho le presionó el sombrero en las manos del hombre.

Con suerte, volvería por él. Si no, ¿por qué desperdiciar un sombrero tan perfecto?

Tragándose el miedo, recordando las tentáculos de las bestias a punto de atraparlo, el ladrón salió del círculo. Ni siquiera necesitó gritar: en dos latidos del corazón, el airavatan dejó de torturar el otro círculo de piedra y se dirigió al oeste. La parte difícil, desde el principio, sería acertar el ángulo correcto.

Había puntos fijos y objetos en movimiento.

Un círculo al este, desde donde el airavatan venía mientras él se dirigía al oeste: hacia el otro círculo, y Tristan que acababa de salir de él. Al norte, el desfiladero; al sur, millas de hierba y colinas hasta llegar a los bosques distantes.

Tristan se dirigió hacia el sur, alejándose del desfiladero y entrando en la hierba. El airavatan cargó, ansioso por la violencia. Con la garganta ardiendo, Tristan luchó contra el impulso primal de volver corriendo al refugio del círculo y continuó avanzando al sur mientras la criatura se acercaba. Se inclinaba lejos del desfiladero y directamente hacia él, avanzando ciegamente como había hecho en la piedra y el disparo. Con respiración entrecortada, esperó tanto como pudo antes de romper en carrera. Hacia el norte, de regreso al desfiladero, no muy lejos del mismo círculo del que había partido.

Las partes en movimiento que había imaginado en su mente se materializaron, un latido aterrador a la vez. Él, casi llegando al borde del desfiladero al norte — cuando lo hizo, el círculo donde esperaban los otros estaría justo a su lado, al oeste. Sarai estaría allí, su muerte o su salvación. La bestia heliodorana, en cambio, tomó el ángulo que Tristan le había dirigido. Al ir al sur, la había llevado al suroeste a través del espacio entre los círculos, y ahora, para alcanzarlo mientras corría hacia el norte, giraba al noroeste. Ajustando su trayectoria, se acercaba cada vez más al borde del desfiladero.

Se dio cuenta de que había comenzado a correr demasiado temprano por miedo, por lo que tuvo que luchar contra sus instintos y reducir el paso mientras la niebla se desbordaba a sus pies y la bestia se acercaba. Sintió el suelo vibrar bajo sus pies y aceleró, el airavatan cargando tras él. Solo unos metros lo separaban ahora del desfiladero. Treinta, veinte, diez.

—Está cerca —susurró Fortuna en su oído—. Detrás de ti, a la derecha.

Solo había una forma de vivir ahora que había llegado tan lejos: confiar en Sarai. Y así, gritando al silencio a todo pulmón, Tristan saltó desde el borde del acantilado.

Por un momento horrible voló, hasta que justo delante de él se formó una esfera de oscuridad y chocó de lleno contra su superficie. Rasguñándose desesperadamente contra las sombras —que no era ni áspera ni lisa, pero su peso hacía que resbalara por la superficie— se encogió alrededor de la esfera y esperó. Era lo mejor que podía hacer, demasiado asustado para volver y mirarlo, pero aún así se obligó a visualizarlo en su mente.

El airavatan estaba ciego, por el veneno y la furia, y era una criatura enorme en fuga. Solo había un latido que lo separaba de él, demasiado tarde para hacer un giro. Lo cual quería decir...

La niebla pudo haber cubierto la hierba y amortiguado los sonidos allí, pero cuando el airavatan se deslizó por el borde del cañón, él lo escuchó rasguñando contra la piedra. Rugidos atronadores salieron de su mandíbula al deslizarse, luchando desesperadamente, y una carcajada frenética escapó de su garganta. Lo había logrado. La maldita bestia lo había oído ir hacia el norte al saltar y había tratado de interceptarlo justo en el cañón, que no podía ver tan bien como no había visto las laderas de la colina. La esfera de sombra temblaba debajo de él y el ladrón soltó un grito.

Ahora debía salir de allí antes de que Sarai tuviera que liberar la Marca.

Con las extremidades temblando, comenzó lentamente a moverse alrededor de la esfera para poder mirar hacia el acantilado. Cada movimiento le producía un escalofrío de terror en las muñecas, el rugido lejano del río debajo le recordaba lo que le ocurriría si resbalaba. Cuando finalmente giró para mirar a los demás, vio que habían preparado lo que había pedido. Yong había atado sus muñecas a su mosquete, extendiéndolo como un nido de descanso, y los demás —excepto Sarai— lo sujetaban. Debajo de él, la esfera volvió a tambalearse. Cuanto más pensaba en ello, sabía Tristan, más profundo sería el mordisco del miedo.

Así que en lugar de eso, se arrastró sobre la esfera, quedando en cuclillas con los dientes apretados en los labios, y con la poca estabilidad que lograba, saltó de regreso hacia el acantilado.

La culata del mosquete lo golpeó en el ojo. Gritó de dolor y terror, sus manos sudorosas resbalando contra el arma, pero sus dedos atraparon la escancia. El pedazo de pedernal le cortó la carne, pero se aferró con todas sus fuerzas, mientras Yong y los otros gritaban y lo levantaban. Sin embargo, no fue suficiente, su agarre era demasiado débil, y casi sollozando, el mosquete se deslizó entre sus dedos.

Apretó su suerte.

Comenzó a sonar un tic-tac, pero por un momento ardiente, nada ocurrió —hasta que se dio cuenta de que, por encima de él, Maryam había resbalado en la hierba y caído: con el vientre en el suelo, pero su torso colgando más allá del borde del acantilado. Línea de visión, pensó, justo antes de que soltara un grito y algo sólido se formara bajo sus pies, atrapando su caída. Otra esfera. Empezó a desintegrarse de inmediato, pero ese breve instante fue suficiente para que Yong lo sujetara por el cuello. Con un esfuerzo, el exsoldado lo levantó, lo suficiente para que los otros lo atraparan también, y fue arrastrado sobre el borde. Lo dejaron caer de cara en la hierba y Tristan casi rompió

en llanto.

Había vuelto a salir de la tumba con su propia estrategia.

Se quedó allí tendido, jadeando y escuchando cómo su corazón latía lentamente. Apretando los dientes en anticipación, liberó la suerte que había tomado prestada.

“Maldita sea,” dijo Sarai, “Tristán, tú—”

El ladrón se retorció como un gusano, porque sus pies estaban en llamas. O eso parecía: cuando miró, por los hilos de Gloam estaban devorando su bota derecha por la parte inferior. Intentó quitársela, pero el dolor era... Yong lo tackled, rompiéndola y, una vez que el cuero estuvo lejos de su piel, el ardor cesó. Tristán acercó la planta del pie tras la liberación de Yong, y vio que la piel estaba roja y cruda, ya formando ampollas. Dioses, eso iba a doler. Pero aún era mejor que caer a su muerte. Sarai pidió perdón, algo sobre perder el control de la señal, y se dejó caer otra vez sobre la hierba.

Alguien puso algo sobre su vientre, y él extendió la mano para descubrir que era su tricornio. Lo tomó, se ventiló la cara y encontró a Yong sonriendo desde arriba.

“Lan irá a buscar a los otros cuatro,” dijo. “Todos podemos partir juntos.”

Era la única forma en que Vanesa llegaría a algún lugar ahora. Su pierna era un desastre.

“¿La bestia?” preguntó.

“Ve tú mismo,” respondió Yong, ofreciéndole una mano.

Tristán la tomó, levantándose para finalmente examinar con detenimiento su obra. Saltó de un pie, apoyándose en Yong. Había tenido razón, pensó cuando se acercaron: el airavatan quizá había saltado, con suficiente carrera. Aún así, debía haberse acercado bastante, porque colgaba del otro lado del barranco, sujetado por sus cabezas y tentáculos. Sus patas traseras lo apoyaban contra el lado del barranco mientras se retorció y trataba de salir, pero era demasiado pesado para los tentáculos y le hacía falta un poco de trabajo adicional. Derribado por su propio peso, el airavatan quedó atrapado entre los lados del barranco, como un tapón en una botella. Y esa vista despertó otra chispa de locura, porque a veces un problema era en realidad una solución. La bota se había desgastado y Sarai le dijo que era seguro, así que se arrancó los pantalones y cortó trapos para envolverse la parte inferior de la bota. Una solución provisional, pero mejor que ir descalzo.

Yong le preguntó qué hacía cuando se alejó cojeando, evitando apoyarse en su pie herido, pero no respondió; en cambio, volvió a internarse en la hierba, donde Sanale había sido llevado tras fallar en su lanzamiento. La cítara yacía rota en la pradera, pisoteada por encima por despecho, y plumas traslúcidas estaban esparcidas por todas partes. Tristán levantó su sombrero y se arrodilló junto a ellas, metiendo lo que pudo en el tricornio. Después, dio media vuelta y regresó al monstruo que se retorció entre los acantilados.

El airavatan luchaba y rabioso, sacudiendo la tierra mientras intentaba arrastrarse fuera de la trampa con sus tentáculos. El silencio total le otorgaba un toque surrealista a la escena, como si fuera un sueño despierto, pero la mente de Tristán se sentía encendida. Con el sombrero en la mano, se acercó lentamente al borde del barranco, al monstruo furioso, y, contemplando la vasta extensión de carne pálida, esbozó una sonrisa fría.

Vertió las plumas sobre la espalda de la bestia.

Cayeron como lluvia en un viento inexistente, dispersándose y haciendo temblar al monstruo. Sus extremidades se agitaban de nuevo, para luego caer lentamente. Quedó inmóvil, salvo por la respiración lenta y constante, atrapado entre los acantilados por su enorme tamaño. Poco a poco, la niebla se disipó, reduciéndose hasta desaparecer por completo, hasta que Tristán escuchó a alguien acercándose por detrás. Yong se puso a su lado, con una linterna velada en la mano.

—¿Para qué molestarse? —preguntó el Tianxi—. Ya estaba atrapado.

—¿Qué es lo que ves frente a nosotros, Yong? —preguntó.

—Basura —se encogió de hombros el Tianxi—. ¿Qué dirías que hay allí?

—Un puente —contestó Tristan Abrascal.

Regresó, tomó su armario, y lo colgó a su espalda con un gesto. Al llegar al borde del acantilado, bajó su sombrero sobre la cabeza. Mirando hacia el airavata, el ladrón dio un paso vacilante hacia adelante. Luego otro y otro, hasta cruzar completamente.

La bestia no despertó.

Ni cuando Tristan lo hizo, ni cuando los demás lo siguieron tras él.